Capítulo 185 - El camino a Bloth - Rata de túnel: Causando problemas en dos mundos

La mayoría de las criaturas sensatas maldicen la ruta hacia la Ciudad de Blothbezmadan. Bromean que tratar de salir de Bloth es tan difícil como llegar allí. La broma no es muy buena. Cada camino hacia la ciudad era peor que el anterior. Caídas vertiginosas que requerían cabrestantes mal construidos para bajar carromatos uno por uno, cavernas llenas de bestias hambrientas y matas de bandidos de cualquier raza. Si existía una dificultad que un comerciante pudiera encontrar en los Reinos Subterráneos, esa dificultad podía experimentarse al ir a Bloth. No muchos habitantes de Bloth reían de la broma; en el mejor de los casos, recibían unas cuantas muecas irónicas; en el peor, alguien les arrojaba objetos afilados. Probablemente porque la mayoría de los habitantes de la ciudad (y usamos ese término con cierta ligereza) no tenían sentido del humor. Tal vez lo habían tenido en algún momento, pero el humor, la esperanza y la bondad terminaban triturados en el lodoso suelo de sus calles. Aún así, allí se podía hacer dinero, y con la promesa de riqueza llegaba la esperanza de una vida mejor para algunos, mientras que para otros únicamente la avaricia desbordada. “Si puedes triunfar en Bloth, puedes triunfar en cualquier parte,” solía decirse en tono de chiste no muy gracioso. Se repetía mucho, pero era la pura verdad. Si alguien lograba abrirse camino, comerciar y apuñalar su camino hacia la prosperidad en Blothbezmadan, hacer negocios en cualquier otra ciudad sería bastante más sencillo por comparación. Pero muy pocos lograban llegar a la cima de Bloth, y si no tenías suficiente dinero, no saldrías con vida. Aquellos que se alzaron y conquistaron su lugar en la élite no solían irse; la mayoría había cometido crímenes que, en la mayoría de los Reinos Subterráneos, los habrían colgado en cuestión de minutos. Si las criaturas que acudían a Bloth como polillas heridas atraídas por una llama putrefacta hubieran logrado llegar a un lugar mejor, habrían llegado a desgarrarse miembros en su afán de huida.

Las Hollow, la Legión de Zilvren y el Colectivo Miconiano eran lugares con mejor reputación para vivir. Incluso la Ciudad de los Esclavistas de los Enanos Negros, Dinz-jot, tenía mejor fama que Bloth. Bloth era a donde se acudía cuando nadie más quería aceptarte, y necesitabas un refugio donde incluso los asesinos no se sintieran seguros. Cazact podía al menos jactarse de ser lo suficientemente astuto como para saber cómo salir de Bloth. También se reía (pero solo para sí mismo) de que era lo suficientemente tonto como para volver una y otra vez. En la ciudad, era conocido como Cazact Dar, el Proveedor. Ese apodo era para él un símbolo de honor. Un proveedor traía cosas a la ciudad, un trabajo muy peligroso. Era peligroso en Bloth, pero aún más peligros

acechaban en los caminos hacia ella. Esclavos fugitivos hambrientos vagaban por todas partes, la vida en las cavernas los volvía desesperados. Los traficantes de sangre miconianos cazaban a mamíferos cuya sangre podía enriquecer las raíces de sus ancestros. Predadores que devoraban esclavos, miconianos y caravanas de traficantes añadían su propia dosis de emoción. Cada viaje era diferente y presentaba nuevos peligros. Por eso a Cazact le encantaba su trabajo. Nunca era aburrido. La monotonía podía significar la muerte para él. Su raza vivía durante largos siglos, y los recuerdos se acumulaban unos sobre otros, transformando sus mentes en un almacén de basura que caía en la locura demasiado rápido. Repetir lo mismo, aburrirse, volverse insensible ante la vida: esas eran las cosas que debía evitar. Cazact evitaba la locura lanzándose en medio del miedo, el peligro y la emoción de lo desconocido. Solo caminar por Bloth era una aventura en sí misma. Comer en alguno de sus pequeños y deplorables tugurios equivalía a arriesgar la vida, aunque en realidad no era un gran peligro, ya que la vida allí valía poco. Si nadie pagaba por matarte, la mayoría de la gente no gastaría energía en terminar contigo. Eso era un mal negocio, y en Bloth solo importaba el negocio.

Dos días más de viaje, y Cazact estaría de regreso en Bloth. Este recorrido había sido provechoso, aunque, aparte de los peligros de las bestias acechantes, había sido como muchos otros viajes similares. Dinz-jot había estado en medio de su guerra de facciones, pero Cazact había participado en tres eventos de ese tipo y ya le aburrían. Solo se puede contemplar tantas veces sacrificios arrastrados a un altar por sus entrañas antes de que se vuelvan algo cotidiano. Esperaba un ataque a su caravana, pero los bandidos habían aprendido a evitarlo. Esto encantaba a los comerciantes que conducía hacia y desde Bloth, aunque empezaba a irritarlo. Sus oraciones por... bueno, por cualquier cosa... debieron ser recibidas por algún dios o diosa. Luego ofrecería presentes en todos los altares de Bloth, por si acaso. Dos criaturas cayeron desde lo alto de la caverna superior, rodando por una serie de salientes y pendientes, la más pequeña huyendo de la más grande cuando podía, lanzándose desde un saliente cuando no. La criatura mayor no logró atraparla, gritando de rabia cada vez que escapaba y saltando tras ella. Ninguna parecía preocuparse por las heridas que estaban sufriendo, ni por el hecho de que al final de su viaje había un risco vertical. Ambos cayeron juntos por la altura, gruñendo y chillando. El sonido de los cuerpos golpeando el suelo de la caverna fue desagradable, incluyendo el crujido de huesos y un extraño chapoteo. Cazact tomó su caja de disección y su cuaderno para examinar sus restos.

Cuando descubrió que ambas aún estaban técnicamente vivas, se maravilló. Después de todo, este viaje tendría algo nuevo que ofrecer. Llamó a las cadenas y a un gran frasco y recogió a sus últimos cautivos. No tenía dudas de que ambas se recuperarían. La primera era un pequeño demonio de queso que había roto todos los huesos de su cuerpo. Lo notable era que seguía consciente y podía formar palabras. Verdaderamente un genio de su especie. Una sólida jaula y manantiales encantados aseguraron su confinamiento. Cazact no perdió tiempo en que sus guardias inmovilizaran a la bestia, sabiendo muy bien lo rápido que podían recuperarse. La sarta de maldiciones que escupía era realmente ingeniosa, y Cazact aprendió dos frases que nunca había escuchado antes. La segunda criatura era tan curiosa que casi detiene la caravana por un día para observarla. Su cuerpo líquido se había esparcido por una amplia zona tras la caída, pero empezó a reformarse de inmediato. Los guardias encontraron todas sus partes y las colocaron en el gran frasco que usaba para transportar babosas aciduladas a Zilvren. La potencia de las secreciones de la criatura se evidenciaba en lo rápido que podía disolver picos y dedos. Lo más curioso era cómo se reformaba en una pequeña forma humanoide. El pequeño y pálido ratkin era divertido, paseándose de un lado a otro en el frasco y vociferando con una voz aguda y chillona.

Las dos criaturas se odiaban y discutían continuamente durante el viaje si estaban juntas. Un argumento circular persistía, en el que el demonio de queso acusaba al Blob de intentar robarle sus huesos, y el Blob agitaba su puño con furia, acusando al demonio de arruinar su amistad al rechazarlo. Pero lo más asombroso que Cazact escuchó de sus cautivos fue cuando discutían acerca de su verdadero enemigo. El demonio culpar a alguien llamado Tallsqueak por arruinar su vida. El Blob odiaba a un Ingeniero llamado Milo por traicionarlo. Lentamente, Cazact se dio cuenta de que odiaban al mismo ser. No podía esperar para llevarlos a su pequeño laboratorio en Bloth y comenzar sus experimentos, con la esperanza de descubrir cosas nuevas. Juntos, quizás le ayudaran a mantener la cordura durante una década, o incluso más.

Revisión #1
Creado 19 abril 2026 04:58:38 por Charlie Brown
Actualizado 19 abril 2026 04:58:42 por Charlie Brown